DISCURSO
INAUGURAL.





DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO DE 1861 Á 62,

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA,

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1861,

POR EL DOCTOR

DON ANDRÉS JOAQUIN AZOPARDO,

CATEDRÁTICO DE TÉRMINO DE LA FACULTAD DE MEDICINA.

SEVILLA:
Imprenta: Librería Española y Extrangera,
calle de las Sierpes núm. 35.

1861.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Hay en el hombre una tendencia innata que le lleva á buscar el bien, á mejorar su suerte, á solicitar los adelantos en las ciencias, en las artes, en la industria. De aquí el deseo del progreso, de esa palabra magica que yo definiría el adelanto en beneficio de la humanidad. El hombre político, trata de variar las instituciones del pais, de alterarlas, de modificarlas, cuando menos, á fin de mejorar la condicion de los ciudadanos. El jurisconsulto renueva los códigos, disminuye las penas, quiere abreviar los procedimientos con el objeto de moralizar la sociedad, de que los delitos disminuyan, y que los castigos sean mas raros. El militar busca de qué manera el movimiento de las masas sea mas rápido, los instrumentos de guerra mas mortíferos, tendiendo con esto á abreviar la accion y á hacer mas probable el triunfo. El comerciante in-

venta los bancos, forma sociedades de crédito con el deseo de facilitar las negociaciones, de procurar recursos en caso de siniestros, de elevar el crédito, de emprender obras de utilidad pública. El médico busca nuevas sustancias que poder aplicar como medicamentos, descompone, analiza otras ya conocidas para extraerle los principios mas activos, inspecciona cada dia mas cadáveres, escudriña hasta su fibra mas sutíl, valiéndose del microscopio, como igualmente sus humores; forma nuevos sistemas, explica de diverso modo estas ó aquellas enfermedades, la accion de los medicamentos, y todo con el objeto de salvar el mayor número de enfermos. Las ciencias, pues, progresan; la sociedad mejora, nos acercamos al bien apetecido; «vivimos en el siglo del progreso,» se exclama por todas partes, se repite en los periódicos, en los folletos, en los libros..... Y en verdad, Señores, que es la tendencia de la época y no podemos negar los adelantos materiales positivos, que las ciencias han alcanzado en estos últimos años.

Pero como por desgracia sucede que al lado del bien suele estar el mal, que con la fragante rosa se asocian las espinas, y que la seta venenosa se interpola con las sustancias alimenticias; de la misma manera esos trabajos intelectuales, esos progresos científicos suelen llevarse tan adelante, desconociendo y trastornando lo existente, que convierten el bien en mal, el progreso en la retrogradacion.

Los hombres políticos, los autores de la enciclopedia del siglo pasado, buscando la mejora de la sociedad,

sin quererlo sin duda, sin pretender llevar tan adelante las reformas, dan lugar al desencadenamiento de las pasiones y producen una revolucion, que la humanidad se estremece al recordarla. Las innovaciones en la ciencia militar aglomeran los nuevos proyectiles destructores y la repeticion de cargas á la bayoneta en Inkerman y Solferino, y las víctimas son en tanto número, que aun el vencedor se aterroriza. La misma facilidad del crédito exagera las especulaciones, aumenta la creacion del papel, disminuye el metálico, y este desquilibrio en los Estados-Unidos y en otros paises comerciales produce quiebras repetidas y la desgracia de numerosas familias.

No es mi ánimo, Señores, el designar las causas de este movimiento exagerado en las ciencias indicadas, ni el proponer los medios de regularizar en ellas el movimiento progresivo hasta el punto que pueda ser conveniente á la sociedad. Otro es el móvil que me lleva á presentar estas generalidades en momento tan solemne. El de dirigir la voz á mis discípulos, el de llamar la atencion de los médicos jóvenes, que ya iniciados en la ciencia divina de Esculapio, van á ejercer los sagrados deberes que ella les impone, á fin de que no se alucinen con las frases pomposas, con las promesas halagüeñas de esos falsos sistemas que aparecen de tiempo en tiempo, proclamando sus autores y adeptos ser el suyo el único verdadero, y tratando de destruir las verdades eternas que afortunadamente posee la ciencia médica, consagradas por la experiencia de los siglos.

Una rápida ojeada sobre la historia de la medicina cumplirá suficientemente á mi propósito, pues hará ver, que la ciencia ha progresado mientras se ha seguido la senda de la observacion, trazada por el gran Hipócrates, al paso que durante el reinado efímero de cada uno de esos falsos sistemas mas ó menos seductores, que han aparecido de cuando en cuando, la medicina ha retrogradado con perjuicio de la humanidad.

Quisiera poseer las facultades oratorias de Demóstenes ó la elocuencia persuasiva de Ciceron, para llenar debidamente mi cometido; pero confio en la fuerza que tiene la verdad, aunque sea dicha de un modo sencillo, é igualmente en la benevolencia de los que tienen la dignacion de escucharme.

Bien sea por vanidad, bien por reconocimiento, dice el Profesor Mahon, tratan los hombres de buscar el orígen de las ciencias que cultivan en la mas remota antigüedad. Así el químico encuentra los vestigios de la suya antes del Diluvio, el músico en los hijos de Noë, el astrónomo entre los Caldeos.

Pero al inquirir el médico iguales títulos de nobleza para la suya, halla su orígen entre los primeros habitantes del mundo. No puede ponerse en duda que serian acometidos de algunas enfermedades, cuando menos externas, como caidas, contusiones, fracturas; y el hombre llevado de ese instinto natural, de ese sen-

timiento poderoso, que sin deliberacion le conduce hácia el que padece y lo identifica con él, daria lugar al ejercicio de los primeros actos de esta sublime profesion. Los que fueron viendo mayor número de enfermos, los que tuvieron mayor disposicion para observar la semejanza de unos fenómenos morbosos con otros vistos anteriormente y de recordar las sustancias empleadas con buen éxito en casos análogos, serian los distinguidos como médicos, los solicitados y respetados como protectores de la humanidad.

De aquí esos Dioses en la antigua Grecia, ese famoso Esculapio, que se hizo célebre por sus conocimientos médicos y al que aquella nacion levantó estátuas, consagró templos y estableció culto en su honor.

No nos detendremos en esa Medicina mitológica, ni tampoco en describir la sacerdotal que se ejercía en los templos de Egipto y de Grecia, la que enmedio de supersticiones y prácticas ridículas produjo no poco bien con fijar las observaciones en las columnas de los templos donde se ejercia y en las tablas votivas. Tampoco en la trasmision de las nociones médicas, que como por herencia pasaban de padres á hijos en las primeras familias de los Asclepiades, descendientes de Esculapio, pues que todo esto no era mas que un simple Empirismo. Llamaremos solamente la atencion hácia aquel tiempo feliz para la Grecia, en que despues de haber tomado de Fenicia, del Egipto y de la India los conocimientos que aquellas naciones poseian; despues que derribaron el trono de Priam, que extendieron

sus navegaciones por el Mediterráneo hasta pasar las columnas de Hércules, que Licurgo y Solon dieron leyes liberales fundadas en la virtud y en la moral mas severa, que hombres sabios como Pitágoras fundó la célebre escuela de Erotona, por último, hácia aquellos momentos en que algunos filósofos introduciendo la filosofía en la medicina trataron de explicar lo que los sacerdotes de Cnido y de Cos se contentaban con observar.

Esta es la época de los periodéntos y de los médicos filósofos, los cuales fundaron sistemas queriendo explicar las enfermedades por los números, los cuatro elementos, los átomos y el vacío conforme con los principios establecidos en aquellos. Pitágoras, Empedocles, Diágoras, Icco de Tarento, Herodico, Tales, Heráclito y Democrito sobresalieron entre ellos, y si bien embrollaron la medicina con sus doctrinas filosóficas, hiciéron el bien de sacarla de la supersticion y del misticismo, de dar á conocer, por el estudio de la Historia natural á que se dedicaban, nuevas sustancias aplicables á la curacion de las enfermedades, crearon la gimnástica médica, establecieron reglas higiénicas en consonancia con las máximas pitagóricas y dieron algunos pasos, aunque débiles, en la semeiótica y en la anatomía comparada.

En estas circunstancias favorables fué cuando nació el gran Hipócrates en la isla de Cos, de una de las familias de los Asclepiades, el año 460 ante de Jesucristo. Dotado por la naturaleza de un talento sublime y de genio observador, supo sacar todo el partido

posible de las lecciones de su padre y de Herodico, de las doctrinas filosóficas reinantes, de la tradicion de sus antepasados, de las inscripciones de los templos y de las sentencias Cnidianas para convertir el hasta entónces un arte en una ciencia, estableciendo las bases de ella y proclamando ciertos principios inmutables de eterna verdad, que no han podido ser destruidos en mas de veinte siglos, á pesar de los rudos ataques de tanto presuntuoso innovador, como ha aparecido desde aquella época hasta nuestros mismos dias.

El primer servicio que Hipócrates hizo á la ciencia fué el convertir el simple empirismo médico en un empirismo razonado, separando la sana filosofía, la verdadera lógica ó lo que es lo mismo, el arte de observar, de comparar, de juzgar con exactitud y de hacer deducciones rigorosas, de con los varios sistemas filosóficos mas ó menos absurdos, de esas cosmogonias de sus antepasados, las cuales eran cuando menos inútiles para los verdaderos adelantos de una ciencia de observacion. Esto es sin duda lo que quiso dar á entender el Ciceron de la medicina cuando dijo, que el médico de Cos habia separado la filosofía de la medicina. «*Hipocrates Cous primus quidem ex omnibus memoria dignis ab studio sapientiæ disciplinam hanc separavit vir et arte et fecundia insignis*;» pero de manera alguna que no fuese un médico filósofo.

Si Aristóteles nombró á la causa de los fenómenos vitales principio vital de los animales, ya Hipócrates habia llamado la atencion hácia la fuerza vital, como

principio conservador, al que designó con el nombre de *vis medicatrix* en el estado morboso. Partiendo de esta base esplica la curacion de las enfermedades por los esfuerzos de aquel principio curador, y deja al médico el encargo de secundar dichos esfuerzos de la naturaleza, los cuales se manifiestan del mismo modo en la marcha de una fiebre que en la resolucion de una pulmonía ó en la cicatrizacion de una herida. *Medicus naturæ minister ac interpres.*

El sabio médico de Cos despues de numerosos viajes por toda la Grecia y de haber visitado la mayor parte del Asia, y especialmente el Asia menor, regresa á su patria, y rico de observaciones propias, ademas de las de sus antepasados, resucita la medicina, como dice Plinio y el célebre Arzobispo de Sevilla S. Isidoro. Y al valerme de esta frase en vez de la de fundador, como le llaman muchos, es para rectificar esa opinion equivocada, pues como dice el mismo Hipócrates en su tratado de *Prisca medicina*, la medicina estaba establecida de mucho tiempo ántes.

Para fijar las bases de ella, para formar un cuerpo de doctrina que trasmitir á la posteridad, tomado de la experiencia de sus antepasados, de la observacion de los enfermos y de la consideracion de todas las cosas, cuya influencia pueda modificar las enfermedades, escribió esas obras célebres, en las cuales están sentados los principios inmutables de la medicina y sobre los cuales ha podido agregarse con los adelantos de las ciencias accesorias á ella, con la observacion bien dirigida y repetida de contínuo, nuevos conocimien-

tos ó mejor dicho, nuevos adornos con que enriquecerla, constituyendo de este modo el verdadero progreso; sucediendo por el contrario que siempre que se han querido desviar de esta senda, el retraso ha sido la consecuencia.

Voy á dar una idea sucinta de la doctrina contenida en esos escritos inmortales. Pero permitidme, Señores, os diga, que denomino inmortales á las obras genuinas de Hipócrates, como son: los Libros de las epidemias, los Aforismos, los Pronósticos, las Cóacas, el Aire, Lugares y Aguas, y algun otro; pero no á todos los que se le atribuyen. Es hoy evidente para el que ha consultado los mejores críticos, que una parte de los libros señalados como de aquel médico fueron escritos por sus inmediatos sucesores, mientras que otros que abundan en teorías y cuyo estilo es muy diverso, fueron obra de los codiciosos falsarios, que los vendian como si fuesen de aquel Sabio á los reyes de Pérgamo y Alejandría, deseosos de formar ricas bibliotecas con los escritos escapados de las llamas en la quema de aquella antigua y famosa biblioteca.

Lo primero que se echa de ver en las obras de Hipócrates es que las enfermedades agudas, especialmente las fiebres y la ciencia del pronóstico ocuparon mucho su atencion. Así mismo se comprende que si bien concibió la doctrina de la escuela platónica de los cuatro elementos, está muy lejos de hacerle representar el papel tan principal que le han hecho hacer sus sucesores. No sucede lo mismo respecto á la doctrina de la coccion y las crísis, creacion suya y se-

qüela del principio conservador, que trabaja en hacer los cambios en la materia morbífica y dirigirla hácia los emuntorios del cuerpo humano, para que sea evacuada por alguno de ellos, lo cual se verifica casi siempre en dias determinados.

Obsérvase tambien, que Hipócrates fué el creador de la doctrina de las simpatías, doctrina de tanta importancia y que ha proporcionado considerables ventajas prácticas. Si alguno pudiese dudar de este aserto le recordariamos la siguiente sentencia: «*Consensus unus, conspiratio una et omnia simul consententia;*» é igualmente el aforismo 50 de la seccion quinta: «*Si sangüis ab utero multum fluxerit cucurbitutam quam maximam ad mammas appone,*» el cual prueba que supo deducir de las simpatías que existen entre la matriz y las mammas el principio de estimular estas por la aplicacion de las ventosas, á fin de moderar la menorragia.

Hipócrates se detiene poco en el estudio de las causas próximas de las enfermedades; pero no en el de las influencias exteriores. El libro tercero de los Aforismos y el tratado del Aire, los Lugares y las Aguas, tan alabado, y con razon, por naturalistas y filósofos, nos da una prueba de ello al par de ideas preciosas y de gran utilidad en la práctica.

Religioso sin hipocresía, como lo prueba el juramento que hacía prestar á sus discípulos, Hipócrates separó de la etiología todas las causas sobrenaturales y todas las explicaciones misteriosas tan comunes en aquella época, demostrando que las enfermedades de-

penden de causas físicas y morales y de la disposicion interior del organismo. Es cierto que el libro de los Pronósticos habla de un *quid divinum*, que hay que admitir en algunas enfermedades; pero da á entender con toda claridad, que esta palabra se refiere á las causas inapreciables que producen las epidemias, ó que le dan un carácter particular y maligno, palabra que usamos hoy mismo al inquirir las causas de las epidemias, del cólera morbo ú otras en que no ha sido posible descubrirlas.

La Semeiótica, que apenas existía, la llevó Hipócrates á tal grado de perfeccion, que casi no ha tenido adelantos hasta rayar el siglo actual, é igualmente á la ciencia del pronóstico presentada con tanto laconismo como verdad en los aforismos y en algunos otros pasages de sus obras.

Una de las críticas mas severas hechas al médico de Cos es la pobreza de su terapéutica. Los que tal dicen ó no han leido sus obras, ó desconocen la fuerza de los medios curativos que aconseja. Al señalar la importancia que debe darse al temperamento, al sexo, á la edad y al régimen de vida, al recomendar con tanta detencion el régimen alimenticio en cada sugeto, segun la enfermedad y las circunstancias individuales, hizo progresar extraordinariamente la primera y principal parte de la terapéutica, ó sea la dietética. ¿Y el que usaba con tanta frecuencia los eméticos, los purgantes, las sangrías, las ventosas, escarificaciones, el ópio y otros medios tan enérgicos era escaso en el uso de agentes medicinales?

¿Temia ó era ignorante de los medios activos el que nos dice en uno de sus aforismos: *quod medicamenta non sanant, ferrum sanat; quod ferrum non sanat, ignis sanat?*

Por la sucinta exposicion que he hecho de la doctrina de Hipócrates se comprenderá lo mucho que la medicina y la humanidad deben á este hombre sublime al establecer las bases sólidas del gran edificio médico. Las abstracciones teóricas y el puro empirismo cedieron á la estricta observacion de los hechos y al razenamiento fundado en el estudio de los fenómenos de la naturaleza. ¡Quién sabe en que grado de perfeccion no se hallaria hoy la medicina, si en vez de tantos diversos sistemas, de tantas sutilezas de dialéctica y de tanto presuntuoso reformador, se hubiese seguido constantemente la excelente via, que nos dejó trazada aquel Griego de imperecedera memoria!

Los hijos y sucesores de Hipócrates, fieles á la doctrina de su maestro, no solo ejercian la medicina conforme con sus principios, sino la enseñaban á cuantos querian iniciarse en ella, escribiendo además varias obras en el mismo sentido, aunque ménos clínicas, las que se han confundido despues con las de aquel ingenio sublime.



Un gran paso pudo dar la medicina cuando Alejandría, despues de la muerte de su fundador, se hizo el centro de las ciencias por la reunion de tantos filósofos como á ella acudieron, atraidos por su rica biblioteca y por la proteccion que los Ptolomeos dispensaban á las artes y á las ciencias.

Herofilo y Erasistrato, discípulos de Erisipo, vinieron á esta ciudad y logrando disecar muchos cadáveres humanos, cosa que hasta entónces habia sido imposible por el respeto supersticioso que se les tenia, hicieron notables adelantos en la Anatomía, mas no sacaron de ella el provecho que debieran para la medicina práctica por las deducciones erróneas que hicieron, atribuyendo todas las causas de las enfermedades á la trasfusion de la sangre, rechazando absolutamente la sangría por la desconfianza de elegir la vena mas á propósito por la evaporacion de los espíritus y por la imposibilidad de liqüar la sangre coagulada en las arterias, oponiéndose así mismo al uso de los purgantes con iguales argumentos sofísticos, y reduciendo casi la terapéutica á la dieta y al ejercicio.

Otra de las causas adversas al progreso de la medicina hipocrática, fué la aparicion de los dos grandes filósofos Platon y Aristóteles. Codiciosos de estudiar la naturaleza y de penetrar sus arcanos, influyeron en la medicina, el primero dando en sus obras una teoría de la ciencia, que aunque tomada de los libros hipocráticos, estaba llena de sofismas generales respecto á la práctica, y el segundo, si bien célebre por sus estudios en Historia natural y por su gran talento, introdujo en la medicina, siempre influenciada por las sectas filosóficas reinantes, esa argumentacion silogística, esas explicaciones escolásticas tan opuestas al verdadero método de observacion, que conviene en medicina.

Para oponerse al abuso que se hacía del razona-

miento por los discípulos de Erasistrato y de Herofilo, Filino y Serapion fundaron la escuela empírica, en la cual se rechazaba toda explicacion, no fiándose sino de lo que enseñaba la sola experiencia imitatoria. Debe creerse que esta doctrina debió su orígen al scepticismo que hacía en aquellos dias grandes progresos por la influencia de Pirron.

No tardó mucho tiempo en que se efectuara una gran revolucion en el destino de los imperios y de las ciencias. Los Romanos siempre en guerra y siempre invadiendo los estados vecinos, se cuidaban poco de los estudios y de los sabios, á tal punto que la medicina y los médicos eran mirados con desprecio: mas luego que extendieron sus conquistas á los paises civilizados, cuando los triunfos de Lúculo y de Pompeyo en Grecia y en el Asia dieron lugar á trasportar de aquellos hermosos paises á la capital del imperio romano inmensas riquezas, los mejores artistas y hasta el lujo oriental, los filósofos, los poetas, los retóricos y los médicos mas célebres fueron acudiendo á aquella ciudad.

Uno de los que mas se distinguieron y que adquirió gran renombre fué Asclepiades, natural de Bitinia, el cual conociendo la poca aficion de los romanos á los médicos y el horror que les causaba las bárbaras medicinas que empleaba Arcagato, trató de fundar su reputacion y hacer su fortuna halagando á los enfermos con decirles, que el médico debia curar con seguridad, prontitud y agrado: *cito, tuto et jucunde.* La teoría de Asclepiades estaba fundada en

la filosofía corpuscular y su práctica en fricciones, baños, en paseos, en buen régimen y en el agua con vino. No obstante, dice el historiador Mahon, Asclepiades como todos los innovadores médicos, estaba muy lejos de seguir al pié de la letra sus mismos preceptos en todas circunstancias; y despues de haber usado de su nuevo y sencillo sistema hasta estar acreditado, en los casos de apuro se acordaba de la práctica antigua. Para dar mas valor á su doctrina le convenia despreciar la medicina y los médicos hipocráticos; ¡idea que no han olvidado los reformadores modernos, los cuales parecen meros copistas del famoso Asclepiades! Segun él era ridículo creer en la fuerza medicatriz. Los resultados atribuidos por Hipócrates á los esfuerzos conservadores de la naturaleza, decia, que eran debidos á la materia y al movimiento. A sus obras clínicas las llamaba meditaciones sobre la muerte.

Sucedió á Asclepiades lo que á todo innovador presuntuoso, que establece un sistema sencillo de fácil estudio y de medicinas agradables, y es, que adquieren muchos discípulos deseosos de evitar el largo estudio de las doctrinas del gran maestro, que da principio á sus aforismos diciéndoles: *ars longa, vita brevis*, haciéndose además de un gran cortejo de aficionados que se entusiasman al creer entienden ya la medicina y que están en el caso cuando menos de curarse á sí mismos y de dar consejos á otros; ¡como si la medicina fuese una ciencia comun y sencilla al alcance de todos, ó por el contrario que

necesita gran parte de la vida de un hombre laborioso, observador y de buena disposicion intelectual para llegar á penetrar los sublimes misterios de ella!

Entre los discípulos de Asclepiades sobresalió Themison, el cual queriendo buscar un medio entre el empirismo y el dogmatismo fundó una nueva escuela llamada metódica, siendo la base de su doctrina limitar las causas de las enfermedades á dos estados opuestos, la constriccion y la relajacion, *strictum et laxum*, reduciéndose en consecuencia toda la materia médica á relajantes para las enfermedades de constriccion y á astringentes para las de relajacion. ¡Dualismo feliz pues ha tenido la dicha de servir de base en el siglo actual á dos sistemas rivales y enteramente opuestos!

Célebre discípulo de la escuela de Themison fué el charlatan Tesalo, el cual ciego de orgullo y queriendo con menosprecio de todos los principios establecidos sobre la observacion de sus antepasados, perfeccionar la ciencia de curar, pretende abreviar su estudio y promete hacerla familiar y enseñarla en seis meses. Su arrogancia llegó á tal punto que ordenó se pusiese sobre su tumba este notable epitafio: «El vencedor de los médicos.»

Para dar una idea de las pretensiones de este reformador, copiaremos el principio de una carta que dirigió á Neron, y que nos ha sido trasmitida por Galeno: «He fundado, dice, una nueva secta única verdadera, pues los médicos mis antecesores nada nuevo han encontrado para conservar la salud ni para curar

las enfermedades, y aun el mismo Hipócrates ha dado con este objeto muchos preceptos dañosos."

Leamos el exámen de las doctrinas médicas de Broussais y el prefacio del organon de Hanneman y se encontrarán las mismas ideas y casi el mismo estilo. ¡Así proceden en general los innovadores médicos, los cuales en vez de discutir la parte hipotética y conjetural, en lugar de adicionar á lo existente fundado sobre la observacion constante de los siglos y el asentimiento de tantos ilustres varones, se alucinan con una idea y sin esperar á mas edifican sobre ella un nuevo edificio, aunque sea aereo, despreciando y destruyendo toda la parte esencial, inmutable y eterna de la ciencia! Porque, Señores, aunque es cierto que la medicina es difícil, oscura á veces y por lo tanto tiene su parte problemática y variable, lo es tambien que posee principios sustanciales é infalibles, los cuales constituyen el cimiento del gran edificio de las ciencias médicas.

Átheneo, contemporáneo de Asclepiades, combate sus doctrinas, y aunque zeloso defensor de Hipócrates, quiere buscar la causa de las enfermedades en la alteracion de los humores por un principio particular llamado pneuma, y de aquí el que se le designe como gefe dê la secta pneumáutica.

Mas un discípulo de este mismo Atheneo, Agatimes de Sparta, separándose de los principios rigorosos de su maestro, pretende reunir algunos de ellos con otros de las escuelas empírica y metódica, estableciendo de esta manera la escuela ecléctica.

En medio de estos sistemas, que no podian menos de desviar á los médicos del verdadero camino basado en la observacion y en los principios establecidos y sancionados en aquellos cuatro siglos, no faltaron hombres eminentes, que aunque adictos á esta ó aquella secta, sostuvieron con teson las máximas hipocráticas y caminaron por la recta senda trazada por aquel Griego inmortal. Citaremos con veneracion los nombres de Areteo, de Musa, de Sorano, de Celso, el Ciceron de la Medicina, y de Celio Aureliano. Pero el que mas debe llamar nuestra atencion es Claudio Galeno, natural de Pérgamo, el cual habiendo venido á Roma en aquellos tiempos en que se disputaban la supremacía las diversas sectas y preponderaba el charlatanismo, dominado por el amor de la gloria y el deseo de destruir falsos sistemas, logró con su elocuencia y su saber oponerse al torrente de la ignorancia, aumentar el número de los partidarios de la escuela dogmática de Hipócrates, comentando los libros de este y demostrando por la práctica y por el raciocinio la superioridad de su doctrina sobre la de sus adversarios. Aunque sectario ardiente del venerable Griego y abrazando todas sus ideas respecto á la fiebre, la coccion y las crísis, sus explicaciones son difusas, oscuras á veces y participando de la sutileza de la filosofía peripatética que él profesaba. No obstante estos defectos Galeno ha hecho inmensos servicios á la medicina, y su nombre pasará á la posteridad como uno de los que figuran en primera línea despues de Hipócrates, por su extraordina-

rio talento y por la suma de conocimientos que poseia.

Las obras de Galeno, esparcidas por la Italia y por los demás Estados sujetos á la dominacion de los Emperadores de Roma, aumentaron el amor de los médicos hácia la medicina griega; pero trastornado aquel Imperio luego que Constantino traspasó la córte á Constantinopla y por la irrupcion que seguidamente fueron haciendo los Humnos, los Godos, los Suevos y otras naciones bárbaras, los médicos como la mayor parte de los sabios tuvieron que emigrar hácia Constantinopla unos, y otros hácia Alejandría, que aun conservaba un débil resplandor de su célebre escuela. Algunos profesores notables por su talento y por la pureza de sus doctrinas médicas, se distinguieron en esta época de atraso para las ciencias, debiendo recordar á Oribacio, Aecio, Alejandro de Troyes, Pablo Egineta y Procopo, tan conocido por la bella descripcion de la peste que desoló á Constantinopla reinando Justiniano.

Una nueva época de trastornos para la medicina sucedió al séptimo siglo.

Los árabes despues de haber sometido el Egipto á las armas del Califa Omar, de haber quemado la célebre biblioteca de Alejandría y haber dispersado á los sabios residentes en esta ciudad, despues que fué pasando la fiebre revolucionaria que Mahoma habia encendido en la Arabia, algunos de entre ellos comprendieron que los triunfos del alfange no eran completos, si no se protegian las ciencias y las artes. La medicina sobre todo alcanzó una mayor proteccion

y mientras que el Califa Almanzór fundaba un colegio de médicos en Bagdad, en la España árabe mas próspera por su comercio, por sus manufacturas y su poblacion que las otras comarcas sometidas á las armas del Profeta, se levantaban las célebres escuelas de Sevilla, Murcia, Toledo y sobre todo la de Córdoba, de las que salieron una multitud de médicos distinguidos, como Avicena, Albucasis, Avenzoar y Averrhoes, los cuales siguieron en general las doctrinas de Hipócrates y Galeno asociadas á las ideas filosóficas de Aristóteles.

A la expulsion de los Sarracenos de España, la medicina estaba en gran atraso en Europa. Verdad es que Mondini en Bolonia empezó á dar lecciones de Anatomía en los cadáveres, que en España se creaban Universidades y se concedia por los Reyes Católicos al colegio de médicos de Zaragoza el que pudiesen hacer inspecciones cadavéricas, que la Química empezaba á cultivarse con afan; pero el estudio de esta ciencia no podia influir en los adelantos de la medicina, pues se dirigia con especialidad á los conocimientos de la alquimia ó sea el arte de convertir en oro los metales comunes, á hallar la piedra filosofal y componer una Panacea, que curase todas las enfermedades y prolongase la vida. Dos célebres españoles se distinguieron en esta época, llamando la atencion de los sabios, Arnaldo de Villanueva y Raimundo Lulio; los cuales si bien impregnados de las ideas astrológicas y alquímicas reinantes, escribieron multitud de obras algunas de ellas de mérito distinguido.

En los siglos inmediatos, que pueden llamarse del renacimiento de las letras, en que la medicina práctica iba en progreso, merced al estudio de la Anatomía que se cultivaba en algunas naciones, á los adelantos en las ciencias naturales, al descubrimiento de la imprenta y á las traducciones y comentos que se hacian de las obras de Hipócrates por algunos médicos distinguidos, aparece otro sistemático atrevido, que produciendo una revolucion en las ideas, desvia del buen camino á la multitud médica y hace retrogradar á la ciencia. Paracelso, catedrático en Ginebra, llama la atencion de sus discípulos por sus maneras singulares, por los términos místicos que usaba, los cuales hacen comunmente tanta mas impresion en el auditorio cuanto son mas ininteligibles. Quemó en público las obras de Galeno y Avicena enmedio de los mayores improperios y probablemente sin haberlas leido. Así obran por lo comun los innovadores, los cuales, segun dice Tertuliano, se avergonzarian de instruirse leyéndolas. Paracelso fundaba su fisiológia en la cábala, su patología en la mágia, su etiología en la consideracion de los Planetas. Los alemanes tan incansables en el estudio, como fáciles á fijarse y á teorizar sobre ideas metafísicas é incomprensibles, admitieron y propagaron la doctrina de Paracelso, conforme con la filosofía oculta y la astrología, que reinaban en aquella época.

Si las ideas absurdas de este Profesor encontraron prosélitos en Alemania y en algunos otros paises, no sucedió así en España, á donde la mayor parte de los

médicos seguian la doctrina de Hipócrates mas ó menos alterada con las explicaciones sistemáticas de Galeno y Avicena. No obstante ya en el siglo XVI la medicina de observacion recobraba en Francia toda su gloria, gracias á las explicaciones y á las obras de Houllier, Fernel, Dureto y otros, entretanto que en España los principales Profesores de las Universidades dirigian la juventud por el recto camino de la doctrina hipocrática, como se comprueba por los estatutos y planes de estudios de nuestras escuelas antiguas y sobre todo por las ediciones y comentos de las obras del venerable Griego, que se hicieron en aquel tiempo. Cristóbal de Vega, Esteve, Fernando Mena, Luis de Lemus y tantos otros, comentaron diversos libros de Hipócrates y especialmente nuestro divino Valles, que ilustró los libros de las Epidemias, los Aforismos, los Pronósticos, el del Régimen de las enfermedades agudas y el de los alimentos.

Los adelantos que en los siglos siguientes fueron haciendo la anatomía, y las ciencias físicas y matemáticas, como tambien la Historia natural, el descubrimiento de la circulacion de la sangre, los trabajos de Galileo y de Newton, las ideas filosóficas de Bacon, que siguiendo los pasos trazados ya por Hipócrates demostró que la base de las ciencias está en la experiencia y la induccion, y de ninguna manera en las teorías á priori ó en las hipótesis; Descartes queriendo que el *yo* sea el punto de partida de toda observacion filosófica, y fundando su teoría de las funciones en la admision de los espíritus animales, y

Locke conforme con un antiguo dogma del Peripatetismo encontrando en las sensaciones el orígen de las ideas, dieron lugar á la creacion de nuevos sistemas y de nuevas explicaciones médicas.

Borelli deseando unir la física experimental y las matemáticas con la ciencia de curar asienta los fundamentos de la escuela iatro-matemática, cuya principal idea es la de someter el movimiento de la sangre á las leyes de la stática y de la hidráulica, sin tener en cuenta la inmensa parte que la fuerza vital toma en todos los fenómenos, bien sean fisiológicos ó patológicos.

Silvio Le Boe instituye una nueva secta, explicando todas las consideraciones de fisiología y patología por la química.

Boerhave, botánico y químico excelente, á quien me atrevería á llamar el ecléctico por excelencia, quiere formar un nuevo sistema, mezclando la fuerza vital de Hipócrates con las ideas químicas de Silvio, la mecánica de Bellini y el humorismo de Galeno. Por grande que fuese el talento de este médico célebre, su teoría complicada no le habria dado el renombre que goza, ni se hubiera honrado con el título de Boerhaviano un tan considerable número de médicos por espacio de mas de un siglo, si su práctica no hubiese sido toda de pura observacion, tanto que en uno de sus discursos demuestra, que ganaria mucho la ciencia si se le purgase de toda hipótesis; si no hubiese dejado una serie de aforismos en consonancia con la doctrina de Hipócrates, una memoria recomendando á sus dis-

cípulos el estudio de la medicina hipocrática, fundada en la observacion y en la experiencia, y por último, á no haber llamado la atencion de los sabios por sus vastos conocimientos y por ser un perfecto dechado de moral médica.

Stalh, contemporáneo y digno rival de Boerhave, ataca el sistema mecánico de este, pero al probar que en el cuerpo humano hay un órden de fenómenos inexplicable por las leyes físicas, mecánicas y matemáticas se pone en el extremo opuesto, es decir, que sustituye una exageracion metafísica á la física que quiere combatir.

Al mismo tiempo F. Hoffman no queriendo adoptar ni la teoría física de Boerhave ni la Psicológica de Stalh, funda una nueva secta, la mecánico-dinámica, cuya teoría está basada sobre un principio ethéreo, espíritu ó fluido nervioso, el cual recorriendo los nervios se esparce por todo el cuerpo y cuya influencia imprimiendo el movimiento á los sólidos constituye la vida animal.

Las ideas de Hoffman secundadas por las de Haller sobre la irritabilidad, dió orígen á la teoría nerviosa de la escuela escocesa, levantando al mismo tiempo el solidismo sobre las explicaciones del humorismo, el cual habia reinado por mucho tiempo en la mayor parte de las Universidades.

Así pasaron los siglos XVII y XVIII sin que á pesar de tanto sistema se desviase la medicina de la verdadera senda de la observacion, pues los mismos gefes de aquellos explicaban sus teorías, apoyados en

los principios eternos establecidos por el médico de Cos y recomendando el estudio de ellos. Como prueba de este aserto oigamos á Boerhave en uno de sus mas notables escrito: «Bien sea que Hipócrates reanime los restos de una vida próxima ya á extinguirse, decia, ó bien que reprima los furores de una naturaleza que camina á su exterminio, él sabe, desdeñando el explorar las causas ocultas, y ateniéndose solo á las que le son evidentes, elegir remedios en corto número pero ciertos, comunes y apropiados al mal. Imitador de la naturaleza prestándoles socorros oportunos y no turbándola jamás con empresas temerarias, logra restituir la deseada salud.”

Puede juzgarse de lo mucho que progresaria la medicina en este período; considerando la veneracion de los mismos sistemáticos á las verdades hipocráticas, y teniendo presente al mismo tiempo los trabajos en igual sentido de los Sidenhan, de los Baglivios, de los Barthez y de los Ponces Sta. Cruz, Rodrigos de Castro, Piquéres y tantos otros médicos españoles, entre los cuales podriamos citar un gran número de los Profesores de la antigua Academia de Sevilla y de los Catedráticos del Colegio de Cádiz.

Pero al llegar al siglo XIX debia creerse que la medicina iba á dar un gran paso, que iba á tener un rápido progreso; mas no ha sucedido así. Se presentaron nuevos reformadores, atrayendo sus autores á los médicos poco versados en la práctica de una ciencia tan difícil, y deslumbrando á la multitud con la sencillez de sus principios ó con el atrevimiento

de sus promesas; pues en verdad que el charlatanismo seduce hasta las personas instruidas, cuanto mas á los pacientes si les aseveran la curacion.

Un discípulo de Cullen, que como tantos otros quiso echar por tierra el crédito de su maestro para elevarse sobre él; recordando sin duda el dualismo médico de Temison, fundó una doctrina al rayar la aurora de este siglo, cuya base fisiológica era reunir la sensibilidad é irritabilidad Halleciana en una sola propiedad, á la que llamaba excitabilidad. Un excitamiento, decia, produce las enfermedades inflamatorias *(estenia)* y exige el tratamiento debilitante: un excitamiento débil da lugar á las enfermedades de debilidad *(astenia)* y requiere el empleo de medicamentos estimulantes. Las enfermedades asténicas pueden ser directas ó por disminucion de irritacion, ó bien indirectas por la grande intensidad de las mismas irritaciones. Por tanto las bases de la teoría de Broun pueden reducirse á dos clases de enfermedades y dos clases de medicamentos, y como quiera que las enfermedades asténicas sean las mas comunes, las sustancias estimulantes eran las generalmente empleadas.

Las consecuencias de este régimen incendiario, que tan seguido y alabado fué en algunas naciones los cuatro primeros lustros de este siglo, dando lugar al atraso de la práctica médica, fueron la de despertar al cabo una reaccion favorable, que habria producido los mejores resultados, si el profesor Broussais al escribir su tratado de flecmasías crónicas no hubiese querido ir mas allá, creando un nuevo sistema fundado

en la idea de la irritacíon, deseando explicar todas las enfermedades por ese principio y relegar al olvido los reconocidos hasta entonces, atacando todas las doctrinas y juzgando equivocados á todos los médicos anteriores á él.

El entusiasmo que el Profesor de Val de Grace producia en su inmenso auditorio era admirable. Su doctrina, doctrina á la que denominaba fisiológica, y que no era mas que el reverso de la de Broun, se propagó con rapídez por los escritos de aquel y por la multitud de sus díscipulos, no solo en Francia sino en las naciones limítrofes, y su descrédito se habria retardado, y hubiera continuado el abuso del régimen debilitante, á pesar de las cartas del Dr. Miguel á un médico de provincia y de los escritos de varios médicos hipocráticos, si la epidemia de cólera que afligió á Paris en 1832 no hubiese venido á desmentir las ventajas del régimen antiflogístico que Broussais y sus secuaces habian prometido solemnemente.

Otro tanto aconteció al sistema de los imponderables, originario de Alemania, como el Mermerismo, el Gassnerismo, la astrología y la mayor parte de las concepciones abstractas y metafísicas. Apenas empezaba á propagarse raquíticamente en Francia, cuando se presentó el año de 1838 una epidemia de peste en Constantinopla. El gefe de la secta en Paris anunció, que dósis infinitesimales del virus pestilencial dinamisado era el solo medio que se poseia para la curacion de tan mortífera enfermedad y que produciria los mejores resultados; pero como el Dr. Bulard, residente

en Constantinopla, observase lo contrario y lo comunicase á algunos periódicos médicos de Francia, el nuevo sistema perdió mucho de su crédito con este hecho práctico.

No solamente los sistemas erróneos que acabo de indicar han sido la causa de no haber progresado la medicina, cual debia esperarse enmedio de los adelantos que han hecho las ciencias que le son auxiliares. Ha contribuido y no poco el excesivo fervor con que la multitud médica se ha dedicado á la inspeccion de los cadáveres. Desde que Bonet y Morgagni dieron á luz el primero el *Sepulchretum anatomicum*, y el segundo su tratado de *Causis et sedibus morborum per anatomen indagatis*, y desde que Bichat pronunció aquellas célebres palabras: «¿De qué sirve la observacion si se ignora el asiento del mal?" el entusiasmo ha sido interrogar á los cadáveres acerca de las causas y el sitio de las enfermedades, en vez de buscarlas en los enfermos.

Por fortuna los mas entusiastas de la escuela anatomo-patológica empiezan á conocer la necesidad de atender mas á la observacion clínica, y esta se fomenta cada dia en las escuelas médicas, de manera que la enseñanza práctica de los hospitales se va haciendo superior á la teórica de las cátedras y cuando menos igual á la de las salas de diseccion.

Por la exposicion rápida y á grandes rasgos que acabo de hacer de la historia de las revoluciones y de los diversos sistemas habidos en la ciencia de curar, comprendereis que en su principio no pasó

de un mero empirismo, que sacada de los templos y colocada en el rango de las otras ciencias por los antiguos filosófos griegos haciendo aplicacion de sus dogmas erróneos, fué despues elevada al mas alto grado de esplendor y de certeza por el genio observador del gran Hipócrates; fluctuante en seguida é incierta enmedio de tantas sectas rivales, vuelta á su dignidad primera por la poderosa influencia de Galeno, sucumbiendo bajo el yugo de la supersticion y de la ignorancia durante los tenebrosos siglos de la barbarie, la veis salir de su letargo por los cuidados de los distinguidos médicos de las escuelas árabes de España, reaparecer mas brillante cuando el renacimiento de las letras, atrazarse de nuevo por la adopcion de prácticas supersticiosas y de los ensueños absurdos de la astrología y de la alquimia, enriquecerse despues con multitud de descubrimientos anatómicos, físicos y químicos en los siglos XVII y XVIII, á pesar de la perniciosa influencia de las sutilezas escolásticas y de las diversas doctrinas sistemáticas de los Val Helmont, Borelli, Silvio, Stalh y otros; progresar en el siglo actual enmedio de los ataques de los sistemáticos exclusivistas, que han tratado de destruir todo lo existente por equívoco y perjudicial, y caminar por fin en estos últimos años, despues de tantas visicitudes, en la via directa de la observacion y de la experiencia.

Esta medicina de observacion es la que no debeis abandonar, mis queridos discípulos; ella es la que dejó trazada el grande Hipócrates y que han seguido

todos los médicos de buen juicio en todos los siglos y en todas las naciones y especialmente los médicos españoles, que pueden preciarse de haber sido hipocráticos por excelencia.

Esta doctrina se halla fundada en verdades de sentido comun, y por eso constituye un sistema verdadero, mientras que no pueden dejar de ser falsos y perjudiciales todos aquellos que partiendo de una concepcion individual y por consiguiente arbitraria, desconocen ó contradicen verdades de experiencia universal.

La principal verdad de sentido comun en que fundó Hipócrates su doctrina fué la fuerza vital, en el estado de salud, fuerza medicatriz, en el estado de enfermedad. Sabemos como una manzana caida del árbol delante de Newton dió ocasion á este genio singular de someter al cálculo y á la observacion toda la naturaleza, desde la molécula invisible hasta esos admirables globos que giran á millones de leguas en el espacio, sentando el inconcuso principio de que todos los cuerpos de la naturaleza son movidos por la misma ley en razon directa de sus masas é inversa del cuadrado de las distancias, á cuya ley dió el nombre de *atraccion*, de la misma manera Hipócrates al ver que la naturaleza cicatriza por sí una herida, exalta la accion de los órganos hasta producir una fiebre, á fin de restablecer por un movimiento centrífugo la traspiracion suspendida, ó de expeler al cútis el miasma varioloso, sometió al cálculo y á la observacion ese trabajo conservador de la naturaleza para

destruir ó expeler el principio ó causa morbosa y le llamó fuerza medicatriz; facultad dada por Dios á toda criatura viviente, de atender á su propia conservacion oponiendo una resistencia activa á todas las causas objetivas ó subjectivas de enfermedad.

Considerada la enfermedad como una reaccion accidental del organismo ó una funcion patológica, el médico debe estudiarla, estar atento á ella y ayudarla en caso necesario como á todas las otras funciones. De aquí, pues, que el trabajo principal del médico consiste en disminuir, aumentar ó evacuar cuando conoce que hay obstáculos en el organismo para que la naturaleza verifique la coccion y las crísis.

Y no se crea que esta doctrina puede desmerecer por su antigüedad, ó cuando menos déjar estacionada la medicína. No, la verdad siempre es jóven y lozana y sobre esa doctrina verdadera pueden agruparse todos los descubrimientos que la observacion, la experiencia diaria y los adelantos de las ciencias accesorias van haciendo sucesivamente. La medicina hipocrática moderna, fiel dechado del verdadero eclectismo, admite los específicos que la experiencia ha manifestado ser sustancias mas idóneas para curar determinadas enfermedades; acepta los nuevos medicamentos con que la casualidad, el empirismo ó el trabajo de los hombres científicos ha aumentado la farmacología, con tal que estén sancionadas por la recta observacion; se aprovecha, en fin, de los trabajos anatómicos, químicos y microscópicos para engalanar y hacer mas fructífero el verdadero edificio

médico levantado hace mas de veinte siglos y contra el cual jamás prevalecerán los falsos sistemas.

Discípulos de la Facultad de Medicina, tened presente que perteneceis á la Escuela de los Salvaresas, de los Padillas, de los Lazos y Arboleyas, Catedráticos de Medicina clínica, y de cuyos labios salian de continuo las máximas hipocráticas comprobadas á la cabecera de los enfermos; acordaos para no desviaros jamás de los verdaderos principios médicos, que haceis parte de una Escuela, que sino fuese por aparecer plagiaria de la mas antigua de Francia, podria colocar sobre las puertas de sus aulas el busto de Hipócrates con la siguiente inscripcion: *Olim Cos, nunc Gadicensis Schola.*

HE DICHO.